

Cinco minificciones

Federico Patán

La ficción breve es uno de los reductos más auténticos de la literatura contemporánea. Federico Patán, autor de obras como Mujeres ante el espejo, Bitácora de extravíos, El rumor de la sangre, entre otras, nos ofrece aquí una muestra del difícil arte de la brevedad.

CÁRCEL

“¡Pero le insisto, no quiero ser libre! Eso que usted llama prisiones me da seguridad. Entiéndame, amanecer con la existencia programada es muy cómodo. Cada actividad a su hora resulta perfecto. Levantarse, el baño, el desayuno, el autobús al trabajo, el horario de oficina, el cafecito en el pasillo, el regreso al departamento. Perfección absoluta. Entonces, ¿para qué modificarla? Yo eso de la maduración no lo entiendo. ¿Qué no soy ya maduro a mi estilo?... No, pues me trajeron detenido porque no cumplo quién sabe qué medidas del gobierno... ¿Qué las leyes son las leyes? Si ningún daño hago... ¿Cómo que el no cumplir las leyes es catastrófico para el gobierno? ¿Y si el cumplirlas es catastrófico para el individuo?... Ah, no puede arriesgarse la estabilidad del sistema. ¿Y entonces?... ¿A la cárcel?”

El funcionario asintió: “Sí, hasta que acepte ser libre... No, pero no esa libertad que no lo es, sino la nuestra”.

TELÓN FINAL

Asistencia moderada. El público murmura, la vista yendo al escenario de cuando en cuando. Las luces han creado una penumbra que va con la espera. Uno de los

reporteros bosteza sin darse cuenta, para enseguida mirar en rededor con cierta vergüenza. Nadie le ha prestado atención y pone gesto de alivio. Así transcurre media hora. Un hombre algo dice a su compañera y a ésta se la oye susurrar “pero no sería cortés”, a lo cual el otro responde señalando el reloj con un gesto de impaciencia. En el escenario, también en penumbra, apenas se distingue una silla en medio del espacio vacío. De pronto, alguien señala una sombra y todo es silencio. La sombra adquiere cuerpo y el cuerpo es el del productor. Se acerca a la orilla del proscenio y “acaba de morir” informa.

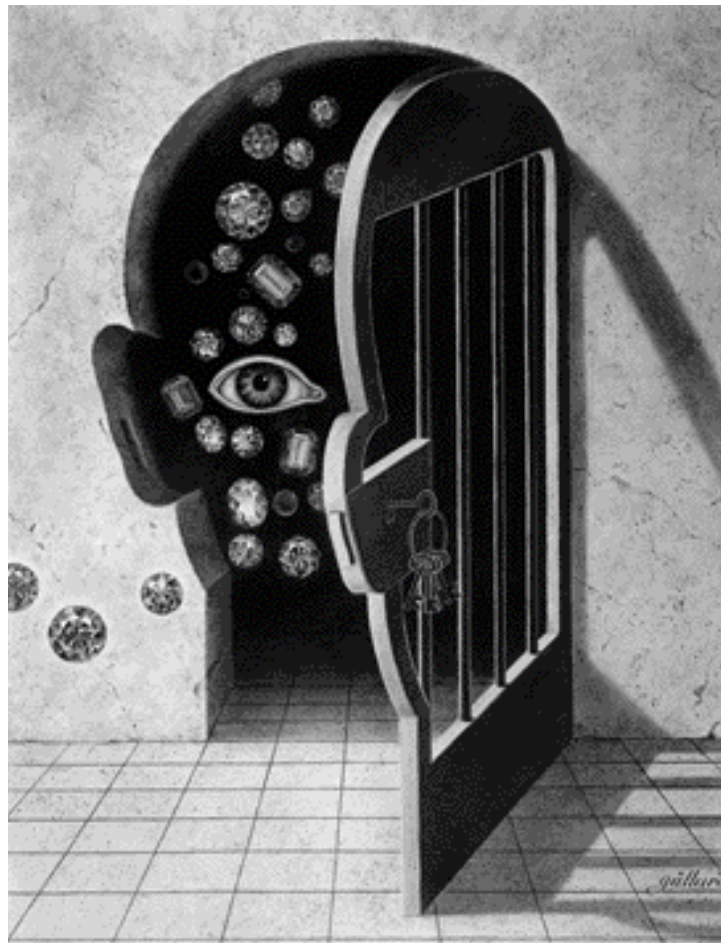
Hay aplausos esporádicos. El público inicia la retirada.

HOTEL

Perdida en arrumacos, la pareja sale del ascensor, camina por el pasillo del hotel, llega casi al extremo, se detiene y mira la numeración. Burlándose de sí misma, retrocede hasta la puerta correcta. El hombre introduce la tarjeta en la cerradura y abre. Entonces la mujer se vuelve hacia el pasillo:

—Hasta aquí, señor narrador, que es nuestra luna de miel.

—Pero si ahora es cuando empieza lo...
La puerta se cierra con un fuerte golpe.

Gervasio Gallardo, *The Wedding*Gervasio Gallardo, *The Set-up*

LABERINTO

Mi padre guía por las intrincaciones del bosque. Lo sigo, obediente. Llegamos a la entrada del laberinto. Me instruye: “Te perderás muchas veces. No importa. Persevera. Más tarde o más temprano llegarás al centro. Allí está lo que debes recoger. Ya teniéndolo en tu poder, regresa. Aquí lo estaré aguardando” y me da una palmada en la espalda, como dándome ánimos. Me adentro unos pasos. Todo es limpieza. Avanza. Los pasillos se complican, extraviándome una y otra vez. El tiempo deja de existir. Todo es silencio. Los pasillos se repiten. Todo es lo mismo. De pronto una curva y el centro. Lo sé porque allí está lo buscado. Lo miro con extrañeza, con curiosidad, con deleite, con arrobó. Decido quedarme en ese núcleo para siempre.

ESPACIO

—Entiéndalo, quería su espacio, el que de verdad le correspondía, sin importar en dónde fuera, cómo fuera, pero suyo. Lo dijo por vez primera hace muchos años. Luego calló, sólo mencionándolo esporádicamente. Sin embargo, le vivía dentro. Es más, se lo iba comiendo por dentro. Y cuando nada quedaba ya por comer allí, sacó el ansia al mundo y la dejó hacer lo suyo. Pero en el mundo hay otros, muchos, y nos fue resultando insoponible escucharlo. Piénselo, día a día, noche a noche, sin cesar, oyéndole su insistencia. Era cuestión de él o yo, así que lo invité a seguirme. Lo convencí hablándole de su espacio. Caminó mansito detrás de mí, nada dijo cuando dejamos atrás el pueblo, nada dijo cuando llegamos al hoyo. Se quedó mirándolo. Poco a poco le vino una sonrisa de gusto al rostro. Se tendió en el agujero y dijo: llénalo de tierra. ¿Por qué ahora contra mí si me limité a obedecerlo? U

En el escenario, también en penumbra, apenas se distingue una silla en medio del espacio vacío. De pronto, alguien señala una sombra y todo es silencio.